

Fila de arriba: Gonzalo Marín, Salvador Echeveste, Perico Elorza, Daniel Peña, Juanito Olasagasti, Eladio Moreno, Agustín Michelena, Angel Amigó, XX, Bittor Idiazábal, José María Samperiø y Fermín Echeverna.

Segunda fila: Julio Andiano, Miguel García, Abel Martín, X. García, Rodrigo,

Jesús Díaz, D. Aurelio Aparicio, Manolo Elorza, J. Martín, Eliseo Villanueva y Emilio Quintana.

Fila de abajo: Xabin Olascoaga, Eugenio Errazquin, Ubaldo Martín, José García

DON AURELIO APARICIO ARENILLAS:

MI MAESTRO

UNA «INSTITUCION» DENTRO DE LA INSTITUCION

De regular estatura, buena presencia, gafas, amable y un «no sé qué» que infundía respeto y veneración. Admirado en la calle, saludando con el sombrero en mano al pasar, dejando que nos acercáramos en clase sin ningún temor para estar unidos durante todo el curso en las lecciones y en los diálogos que sosteníamos.

Cuando tenía que certificar alguna carta, lo hacía con lacre y sellando con su anillo de oro y con las iniciales «3 A».

Para los de «Casas Nuevas» era un orgullo pues él vivía junto al «Panier Fleuri» aunque en clase no había distinciones.

Para imponer «disciplina» usaba una correa negra por el «uso» que nos gustaba dejarnos acariciar de vez en cuando, porque al retirar la mano y no recibir se imponía una «carrerilla» con el maestro detrás alrededor de la escuela, que creo era lo que a él le gustaba, demostrándonos que podía hacerlo de todas maneras aunque no lo realizase.

Cuando estábamos alrededor de la gran pizarra, donde teníamos que resolver las operaciones o problemas que nos ponía, mientras el «de turno» se explicaba, él se paseaba, correa en mano,por detrás de nosotros y lanzaba un duro de los de plata, y al que se volvía para ver lo que pasaba le acariciaba con su correa, enseñándonos de esta sencilla manera a no distraernos mientras se daba la clase; buen método para enseñar.

CONSIGUIO QUE FUERAMOS CONTENTOS A CLASE

Dábamos clase desde las ocho y media a las once y media con un recreo de media hora. Todas las asignaturas eran explicadas y cuando así lo exigían se hacían demostraciones prácticas, con lo cual asimilábamos totalmente lo que se decía. Se completaba con un dictado directo al cuaderno (que luego servía para clasificaciones) con un léxico aparte de las palabras menos frecuentes que él mandaba subrayar y escribir al margen y con las cuales luego teníamos que redactar oraciones; esto como es natural nos hacía pensar y, lo que es más difícil, «discurrir».

Como ejemplo, citaremos la máquina de vapor auténtica, que aplicándole un poco de alcohol y una vez puesta en marcha, con el vapor producido hacía sonar el silbato con el consiguiente regocijo nuestro. Teníamos también un cuerpo humano de tamaño natural, de láminas en colores, que servía para las demostraciones cuando correspondía su estudio. No olvidaré los discos con sus placas que mediante el rozamiento producían corriente continua y al acercar entre los dos polos el dedo índice, en posición recogida, veíamos salir unos «rayos» que sacudían el hueso de la Vª falange, recibiendo unas ligeras corrientes eléctricas. Alguna vez se realizó esta experiencia con un descalzo sobre un cristal erizándosele los pelos.

Para las lecciones de Geometría nos sacaba la caja con las figuras de madera y teníamos que saber de qué figura se trataba, si era un paralepípedo, un poliedro, etc. Enriqueciendo este archivo tenía colecciones de mariposas y demás insectos, minerales de todas clases y todo con su correspondiente etiqueta explicativa así como su procedencia.

Para los «despistados» tenía un buen trozo de mineral que lanzaba a los pies, que no recuerdo alcanzara jamás a nadie, pero servía para volver a coger el hilo de lo que se explicaba.

También usaba la lectura «saltada»: todos los del grupo teníamos un libro en las manos y se leía por relevos y al que pillaba despistado, porque no prestaba atención, lo dejaba al descubierto ante los demás.

Recuerdo que una vez un tal «San....» hablando sobre el cuerpo humano le sorprendió y al preguntarle de qué se componía el cuerpo humano respondió sin titubear: «¡¡De cemento armau!!».

«EL GALI» Y «EL CHERRI», FRENTE A FRENTE

Para poder salir al recreo, a los mayores (a los de la 1.º sección) nos planteaba el dilema de «Pizarra, pizarrín y cuaderno», que consistía en copiar al dictado un problema, resolverlo y pasarlo al cuaderno ¡¡a tinta!! Y si estaba bien, salías, si no, hasta conseguirlo, allí te quedabas. Esto parece natural tratándose de aplicación elemental para el desarrollo de nuestro pequeño cerebro, pero se complicaba porque en esta sección estábamos la mayoría de los componentes del equipo de fútbol representativo del «Gali», apodo con el que nos conocía a los discípulos de don Aurelio, y que teníamos que ventilar con los representativos del «Cherri», apodo del otro Grupo Nacional rival en todos los aspectos, y que al fútbol siempre o casi siempre nos ganaba.

En una ocasión, mientras realizábamos las prácticas de dibujo lineal en las mesas de atrás, que limitaban con una puerta de acceso a la otra clase, precisamente en un momento en que don Aurelio estaba a mi lado, los del «Cherri» lanzaron por debajo de la puerta un papelito de reto al «Gali» que don Aurelio recogió todo enfadado.

Lo leyó y nos mandó formar junto a su pupitre diciéndonos que como el papelito iba dirigido a mí (pues era entonces el capitán del equipo) que formase a todos y como perdiéramos ya se encargaría él de nosotros. Creo que fue uno de los pocos partidos que ganamos, en cuatro años, y, si no me falla la memoria, el gol de la victoria lo metí desde la mitad del frontón (nuestro campo de fútbol).

Ni qué decir que don Aurelio nos recibió en las escaleras pues de sobra era conocida la rivalidad que existía entre las dos clases y aquel reto recogido por él con el consiguiente triunfo y nuestra alegría por haberlo conseguido fue como un homenaje a su dedicación y amor hacia nosotros. El grito de «hemos ganau» lanzado por los casi cuarenta discípulos, que componíamos la clase, emocionó a don Aurelio; de sobra era conocido por él que siempre nos ganaban, pero en esta ocasión él fue el capitán del equipo que nos espoleó.

POR 6,50 EL VIAJE DE FIN DE CURSO

Así como ahora se realizan los viajes de fin de curso, don Aurelio, en aquellos tiempos, ya los ponía en práctica. Recuerdo uno de ellos, a Tolosa, en autobuses de Alonso, empresa renteriana que tenía sus garajes en Ondartxo y que un día se incendiaron y arruinaron a su propietario, pero volviendo a nuestro tema: para la excursión depositábamos quince céntimos a la semana y con la cantidad de 6,50 pesetas estaba incluido el viaje y comida en el «Cielo Grande», con pollo y todo, y para constancia de ello muchos regalaron a sus padres el hueso del muslo, todo un gran acontecimiento acompañado de una ilusión sin límites. También visitamos varias empresas, entre ellas una imprenta y la famosa fábrica de sobres y papel de cartas de la que guardo un grato recuerdo al ver cómo trazaban las líneas.

La particularidad de don Aurelio fue que nunca nos daba deberes para casa, había que terminarlos en clase durante las horas, como antes decía, de ocho y media a once y media por la mañana y por la tarde, de dos a cuatro, así que se nos hacía corta la estancia en la escuela.

Su gran categoría de maestro supo en todo momento, aparte de las lecciones, formarnos dentro de un espíritu de camaradería que hoy, después de cincuenta años, los que tenemos la suerte de sobrevivir, lo comentamos recordando aquellos tiempos pasados.

¿UNA JORNADA «NEGRA»?

Recién entrado a este curso Nacional, procedente del Municipal, los mayores quisieron gastarle una broma por aquello del juego de seguirles con la correa. Y simularon estar jugando al «tute» en las mesas de dibujo situadas atrás. Así empezaron a cantar las «cuarenta» para alertar a don Aurelio. Previamente habían encerado un trozo del suelo. Y cuando el maestro les oyó, salió, correa en mano, tras ellos, que emprendieron la carrera, y al pasar por el suelo encerado cayó súbitamente, y aunque afortunadamente no le ocurrió nada el terror se apoderó de toda la clase, pues no se había pensado en que pudo ocurrir una tragedia. El, una vez pasado el susto, demostró una vez más ser el «gran maestro» y reconocer que «fue cosa de chicos».

Un curso antes de abandonar las clases adquirió un «mecano» que sirvió como un aliciente más a los antes apuntados. Recuerdo, con pesar, que teníamos que presentar para los exámenes de fin de curso un faro hecho con el «mecano», con movimiento propio, luces y demás utensilios, que ya funcionó en las pruebas preliminares y que no pude ver realizado por tener que dejar la clase en abril por motivos imperativos de otra índole, pero luego me enteré que fue un éxito en su presentación en julio.

Fue un maestro respetado y venerado por sus grandes virtudes. Luego lo trasladaron a Madrid, al Instituto de Pablo Iglesias. Su esposa, igual que su hija, Herminia, eran acreedoras a sus méritos. Prueba de ello que cuando se jubiló y se trasladó a Barcelona fue visitado por muchos de sus alumnos de todas generaciones. El mayor homenaje para él consistía en darle información de todos sus discípulos. Dotado de una gran memoria se acordaba de los nombres y apellidos y eso que pasamos por su aula una «montonada» de chavales. Hasta su fallecimiento tuve relación personal y hoy es el día que su hija Herminia todos los años reverdece por Navidades aquellos gratos recuerdos.

¿Por qué no fe homenajeado? Sencillamente, porque tantas veces como se lo propusieron, fueron rechazadas. Para él el mayor homenaje era nuestro comportamiento y posición en la sociedad y de verdad que lo consiguió plenamente.

ANGEL AMIGO

Don Aurelio Aparicio Arenillas, fue un gran maestro, un ejemplar profesor, que el magisterio lo llevaba muy dentro, un gran adelantado en aquella época, empleaba medios pedagógicos insólitos para aquellos tiempos, muchos de ellos aportados de su peculio, tenía algo en su didáctica, un «estilo» que cautivaba a sus alumnos, se hacía admirar y buena prueba de su fecundo magisterio, fueron los alumnos que se formaron en sus aulas y que después en su vida privada, ocuparon relevantes puestos en el Comercio, Talleres y Fábricas de la localidad y de su entorno.

Rentería, tiene una deuda contraida con este entrañable maestro, el nombre de una calle u otra cita, que recuerde su paso por las escuelas Viteri, a las que dedicó con ejemplar entrega los mejores años de su vida.